

«VIVO QUIERE DECIR PRESENTE»

Lección* - 2

Después del Triduo y a la luz del camino de estas semanas:

- ¿Qué significa para mí, en este tiempo, afrontar la batalla contra la nada?

- ¿Qué quiere decir «ser libres» en la realidad cotidiana? ¿Qué me dice mi experiencia?

- ¿En mi vida hay personas y relaciones que me generan, lugares donde veo la victoria de la vida sobre la muerte?



Foto de Luigi Ghirri, Caserta, 1987. De la serie *Un pie en el Edén*.
© Herederos de Luigi Ghirri

*Al mattino*¹

Para los que habían conocido al Señor, la mañana era el comienzo de la jornada, pero no solo en sentido cronológico: era el comienzo de la búsqueda para poder volverse a encontrar con él, el amigo más importante de su vida. Este es el motivo por el que rezamos el *Ángelus*, para hacer memoria del encuentro que hemos tenido y para pedir poder reencontrarnos con él. Luego recitaremos los laudes, que son un gesto de la Iglesia que acude en nuestra ayuda cuando, al comienzo de la jornada, nosotros no sabríamos qué decir, no tendríamos palabras para expresar nuestro “inicio”, y como una madre que enseña a su bebé las sílabas, las primeras sílabas de su vida, así la Iglesia, al comienzo de nuestra jornada, nos enseña las primeras sílabas de nuestra aventura: la petición a Dios para que venga a salvarnos.

«Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti» (Jn 17,3) de Andrea Mencarelli

*Non son sincera*²

1. «Mi alma está triste» (Mc 14,34)

¡Buenos días a todos! ¡Buen despertar! Hemos rezado laudes con esta frase: «Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado»³, que es una expresión de »

¹ A. Mascagni, «Al mattino», en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2004, p. 352.

² A. Mascagni, «Non son sincera», en *Cancionero*, op. cit., p. 361.

³ Cfr. *Vivo quiere decir presente*, p. 5 del cuaderno del Triduo de GS 2021 disponible en formato pdf en la web *clonline.org*

* La lección de Andrea Mencarelli en el Triduo pascual de los bachilleres durante el Viernes Santo (2 de abril de 2021).

» una potencia increíble pero nos recuerda que la vida está viva y que cada mañana, cada comienzo, es una lucha para que la vida venza sobre la nada. El encuentro que hemos tenido, con esa intuición positiva que lleva dentro, no es una vacuna que nos protege automáticamente de todo y que lo arregla todo. De hecho, la realidad sigue llamando a nuestra puerta, y a veces lo hace con fuerza, planteándonos problemas, desafíos, preguntas, cuestiones, todos los días.

Hay una página web que se llama *WikiHow*, que ofrece respuestas a todas las preguntas. Podéis ir a verla (no ahora, evidentemente). Basta teclear cualquier petición y ella te responde, te ofrece soluciones. Algo parecido a *Siri*, pero más enciclopédico: tú tecleas y te ofrece resultados. Se puede preguntar de todo, hasta las cosas más extrañas: cómo cortar leña, cómo construir una bomba, cómo convencer a la gente de su inmortalidad. Los más astutos pueden pedir directamente un método que resuelva todos los problemas, que es como conseguir una “gramática” de la vida. Yo he buscado justo eso y la primera respuesta que ofrece sugiere cuatro puntos: 1) circunscribir el problema, 2) establecer tus objetivos, 3) analizar las variables y 4) actuar. Tal vez ya nos hayan explicado algo parecido en algunas clases de método en el instituto, sobre cómo resolver un problema de matemáticas o cómo hacer una traducción de latín. Este método puede ser eficaz si partimos de la idea de que los problemas son ante todo algo que resolver, y por tanto también son una oportunidad para demostrarnos a nosotros mismos y a los demás nuestras habilidades y capacidades resolutorias. Desde este punto de vista, no hay nada malo, si evidentemente se trata de un problema concreto de la vida, como colgar un cuadro, montar una estantería o producir una vacuna en el laboratorio. En cambio, cuando el problema es la propia vida, ¿qué hacer?

Probablemente no será la primera vez que oímos hablar –tal vez en alguno de nuestros encuentros o con algún amigo mayor– de un método bastante sencillo para afrontar las cuestiones de la vida, la cuestión que es la vida misma: partir de la experiencia, mirar nuestra experiencia.

De hecho, los desafíos que nos provocan no nos piden que, ante todo, demos lo que sabemos hacer, no se trata de un test de habilidades.

La realidad se parece más bien a una «asistencia»: los que juegan al fútbol o hacen deporte saben que el golpe más bonito que puede haber en un partido no es una chilena ni un taconazo, sino una asistencia, un «pase de gol». Para los que recuerden la reciente victoria del Inter a la Juve, el gol de Barella nace de una asistencia. Su compañero Bastoni hace un pase de 60 metros desde el centro del campo (abriéndole un hueco como a Moisés en el mar Rojo) atravesándolo todo, ¡y ofrece a su compañero de equipo la ocasión de marcar! ¡Es estupendo! Es mucho más bonita la asistencia que el gol. Pues bien, la realidad es como una asistencia continua, un “pase de gol” que se nos ofrece permanentemente. No es un lanzamiento hacia delante al azar, esperando a ver si hay alguien que recoja el balón. La realidad va a tu encuentro y se pone a tus pies de manera totalmente personal. ¿Qué pasa cuando recibimos una asistencia (un encuentro, un hecho, una intuición, una prueba)? Pasa que podemos tomar conciencia de nosotros mismos, darnos cuenta de que existimos, de dónde estamos –no de quién “creemos ser”, presumiendo de quién sabe qué talento futbolístico–, del momento que estamos viviendo. En ese instante es como si nuestra separación habitual fuera vencida. Ya no hay un yo “privado”, que en cierto modo hay que dejar reservado para uno mismo o para los más íntimos, y un yo “público”, que se filtra y publica en Instagram. Cuando la realidad nos desafía, para bien o para mal, nos plantea problemas, preguntas, y nos obliga a cambiar de costumbres, hace salir a la luz nuestro auténtico yo, nuestro yo integral. Por tanto, el punto incandescente de cualquier desafío, de cualquier partido, no está fuera de nosotros sino dentro de nosotros.

Un gran amigo nuestro, don Giussani (el amigo que anoche citaba Carrón), usaba una expresión tan hermosa como revolucionaria, que os invito a tener en cuenta: «La solución »

» de los problemas que plantea la vida cada día “no se produce afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta”⁴. ¡Habría que ponerla en una diapositiva para aprenderla de memoria! Refiriéndose a esta frase, Carrón comentaba: «es decir, profundizando en la naturaleza del “yo”, en la naturaleza del propio deseo. No está diciendo algo banal, porque solo si el “yo” se da cuenta de sí mismo con esta profundidad podrá liberarse de todas las presuntas soluciones y las estupideces que tiene en la cabeza, como nos sucede también a nosotros»⁵. Esta mañana entenderemos mejor qué significa esta expresión de don Giussani.

¿Qué hay en el fondo de nuestro «yo»?

Me han llamado mucho la atención algunos jóvenes que han intervenido recientemente en una asamblea sobre las preguntas y descubrimientos que hemos madurado durante este año. Uno de ellos describía su intento de buscar la felicidad en el estudio. Puesto que las relaciones con los amigos están muy limitadas, puesto que no se puede salir, hacemos entonces de la necesidad virtud. Como podemos estudiar, comprometámonos en ello, ¡llenemos la jornada de estudio! Valiente, ¿eh? Pero este chico llegaba a la noche diciendo: «Después de un día así, me iba a la cama medio vacío, y eso no me hacía feliz». Otro describía cómo había ido decayendo en una extraña indiferencia hacia las cosas, una apatía que no le dejaba disfrutar de nada. Decía: «Me entristece no estar triste». ¡Qué paradoja, qué increíble paradoja! Tanto que bastaría darse cuenta de lo que decimos, tomarnos en serio como decíamos anoche, caer en la cuenta de las sílabas que pronunciamos, para percibir de verdad la llamada de vida que se agita bajo nuestras cenizas, no importa cuántos kilos de cenizas, pero ahí debajo hay algo que se sigue agitando.

Un dato que vemos en la experiencia de estos meses es la presencia de personas muy cansadas, como contaban los testimonios de anoche, incluso marchitas y tristes... ¡pero sin duda vivas! ¡Así es el «yo» de los que están vivos! No muertos, aunque estén en medio de la tempestad, de la agonía (agonía quiere decir literalmente «contienda»).

Los testimonios, las contribuciones leídas, muestran que la vida es un camino dramático, es una pelea (como decíamos en los laudes) en la que sentimos todo el peso de la contradicción y a veces también de la distancia entre nuestro profundo deseo de ser felices, nuestra sed, y la concreción de las cosas, a veces desérticas. No es algo que se vea solamente en una situación extraordinaria como la pandemia (¡porque ya nos quejábamos y nos sentíamos marchitos antes de la pandemia!), sino que tiene que ver con la vida diaria y sus mil quehaceres. Pensemos por ejemplo en el bien que sentimos ante una persona (nuestra novia o un amigo muy querido) y la distracción con la que tantas veces tratamos a esa persona; o cuando miramos las cosas que nos rodean y que nos apasionan —el estudio, el deporte, el arte, la música— con una apatía y un aburrimiento como si fuera una coraza impenetrable que nos gustaría romper pero no somos capaces. ¡La vida es ciertamente una batalla! Pero no contra el Covid o las clases online (que son circunstancias sintomáticas, pasajeras). La batalla es contra la nada, como nos recordaba ayer Carrón, es decir, contra esa «sensación de vacío cuya consecuencia es un debilitamiento de la relación con la realidad, con las circunstancias, que a la postre parecen todas insensatas»⁶. Así acabamos sintiéndonos viejos, resignados y movidos por la inercia ya a los 15 años.

Esta batalla ni siquiera se le ahorró a Cristo «la noche que fue traicionado», como siempre oímos en misa. Aquella noche Jesús anunció la entrega total de sí a sus amigos («Daré mi vida por vosotros») y les invitó a quedarse con él. Los discípulos no habían entendido lo »

⁴ L. Giussani citado en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 518.

⁵ J. Carrón, «Ante el desmoronamiento de las evidencias, la generación de un sujeto», *Tracce*, n. 12/2014, p. VI.

⁶ J. Carrón, *Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?*, Huellas 2020, p. 9.

» que estaba pasando realmente, la gravedad de la situación. ¿Qué quería decir «quedaos conmigo»? ¡Ya estaban con él! Eran sus amigos, siempre estaban con él, le escuchaban, le seguían, le miraban, intentaban aprender de él. Para ellos, la presencia física de Jesús parecía suficiente. Aquella noche, Pedro, un tipo impetuoso, enérgico, un líder (no en vano Jesús lo eligió como cabeza), renovó su promesa de amistad a Jesús: «Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré»⁷, es decir, «yo no te abandonaré nunca. Los demás sí, pero yo no, puedes fiarte de mí al 100%». Pero ante esta enérgica demostración de estima, Jesús respondió con un tono cargado de dolor: «En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces»⁸.

¿Pero cómo es posible –deberíamos preguntarnos– que pueda haber una contradicción semejante? Pedro es sincero, ¡todos estaban sinceramente del lado de Jesús! Incluso Judas, al principio. Fue llamado por Jesús, comió con él, bebió con él, jugó a las cartas con él, vio los milagros más clamorosos, vivió mil momentos con Jesús físicamente presente en su vida. Tenía los ojos cargados de hechos excepcionales. Pero con todo ese “bien de Dios” (hay que reconocerlo), ¿cómo se puede decaer? ¿Cómo es posible decaer? ¿Cómo es posible estar triste cuando ya se ha encontrado la felicidad de la vida, el amor de la vida?

Un día, Judas se preguntaba: «¿Cuándo cambiará Jesús realmente las cosas tal como yo pienso, como yo espero que deben cambiar? ¿Cuándo demostrará realmente su fuerza divina y transformará la realidad? ¿Cuándo sucederá que todas las contradicciones del mundo –mis contradicciones, mi fragilidad– sean suprimidas, los enemigos sean castigados y la amistad triunfe?». Parecía que ese momento, de esa forma que él imaginaba, nunca iba a llegar, y tal vez siempre estaría “a la espera de”. Es como un gusano que roe el corazón de Judas, poco a poco, día tras día. Tú no ves ese gusano, parece una nimiedad, algo imperceptible, pero trabaja de manera devastadora. A la larga, Judas se convence: «Tal vez me equivoqué, tal vez no era cierto. Es más, sin duda me he equivocado porque aquí no cambia nada».

También estaban del lado de Jesús Santiago y Juan, llamados los «hijos del trueno», impetuosos y decididos a seguir a Jesús hasta el final en la construcción de su reino. También a ellos les prestó Jesús mucha atención. No solo les propuso estar con él, sino que también les mostró signos concretos de su divinidad, como cuando quiso que le acompañaran al monte de la Transfiguración, donde desveló su deslumbrante naturaleza de Hijo de Dios⁹. Habían visto la naturaleza más profunda de Jesús, junto a Moisés, junto a Elías. Jesús quiso que estuvieran con él cuando, agitado, turbado, fue al huerto llamado de Getsemaní y les pidió, junto a Pedro (la élite, la *crème*), que se quedaran rezando con él. Pero mientras Jesús sudaba sangre, Santiago, Juan y Pedro se durmieron hasta tres veces. Desarmado, Jesús les dijo: «¿No habéis podido velar una hora conmigo?»¹⁰. Aquella noche Jesús dijo algo tan humano como tremendo, también para nosotros: «Mi alma está triste hasta la muerte». Imaginad el tormento que debía estar pasando Jesús para decir algo así, qué soledad, a pesar de estar rodeado de la presencia física de sus amigos (entre otras cosas, los amigos que él mismo había elegido).

Hay muchas cosas que nos defraudan en la vida, que nos duelen, pero quizás la peor de todas sea sentirnos abandonados. No solo se trata de estar “solos”, de hecho muchas veces valoramos poder estar solos (como cuando uno, en un momento dado de la jornada, se va a su habitación, se encierra, se pone a escuchar música y dice «qué maravilla», o el que comparta habitación con un hermano o hermana que una noche se va a dormir fuera y dice «por fin toda la habitación para mí, puedo estar solo», ¡no es eso!), sino de percibir una extrañeza profunda con la realidad que nos rodea, que debería resultarnos familiar pero no lo es. Sen- »

⁷ Mt 26,33.

⁸ Mt 26,34.

⁹ Cfr. Mt 17.

¹⁰ Mt 26,40.

» tir las cosas, las personas, sobre todo las más amigas, infinitamente distantes. Tal vez estén ahí, a tu lado, o detrás de una pantalla mirándote, pero es como si dentro de ti y a tu alrededor hubiera una soledad glacial. Santo Tomás define la tristeza así: «deseo de un bien ausente»¹¹.

Jesús no esconde nada de su humanidad y dice a sus amigos: «Estoy triste». De hecho, hay momentos en que todo parece un desierto y las cosas con las que llenamos la vida parecen falsas. «En mis manos no ha quedado más que tierra quemada, nombres sin un porqué [...] queda solo la añoranza de un día desperdiciado / y quizá la espera de ti». El lejano deseo de un bien ausente. Cantemos juntos «La guerra»¹².

La guerra

2. «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz» (Lc 22,42)

Toda la vida de Jesús fue un signo incesante de bien, un punto luminoso dentro de la historia de la humanidad. Jesús nunca había hecho ningún mal, al contrario que nosotros. Pero eso no significa que esa luminosidad de Jesús la acogieran todos automáticamente. Porque la «vida eterna», como la definía él, es decir, la verdadera vida, la vida feliz, la vida que desea nuestro corazón, no es una actualización del sistema operativo que se carga en nuestro organismo y luego basta con reiniciar y todo resuelto. Imaginaos si el Misterio hubiera actuado así: un *download* de pocos minutos, un reinicio y toda la vida sigue adelante sin contratiempos, con todo el significado y la felicidad ya dentro, descargada sin virus, sin problemas, sin bucles, ¡sin nada! Ni siquiera a Jesús se le ahorró este camino, ni siquiera Jesús evitó hacer su camino.

¿Qué hace el hombre ante la contradicción? ¿Qué hacemos nosotros cuando estamos ante una contradicción, cuando experimentamos la aridez de una jornada en la que vamos pasando de una conexión a otra, activando y desactivando la videocámara? Nos gustaría poder cambiar la realidad. No es una equivocación ni tampoco un pecado de presunción desear cambiar algo que nos cuesta. ¡Es humano! Pero al no poder hacerlo (como nos pasa en circunstancias inevitables, en tantos sacrificios que se nos piden en este tiempo), sí podemos en cambio plantearnos la pregunta que muchos de vosotros habéis enviado en vuestras contribuciones: «¿Cómo puedo disfrutar de esta situación?».

Replico con otra pregunta: ¿quién ha dicho que tengas que disfrutar de esta situación? ¿Dónde está escrito? ¿Quién es el “terrorista” que te ha dicho que *debes* disfrutar de esta situación? Este punto es fundamental y debe quedar aclarado para no acabar metiéndonos en un pantano y pudrirnos dentro, sin que nadie nos lo haya pedido. ¡No todo es igual en la vida! Nosotros estamos hechos para la vida, no hace falta reflexionar demasiado sobre ello, no necesitamos preguntárselo a nadie, ya nos damos cuenta solos de que estamos hechos para ser felices.

¿Y entonces? Entonces lo primero que podemos hacer es comparar lo que tenemos ante nuestros ojos con las profundas exigencias de felicidad de nuestro corazón –eso se llama «juzgar»– y decir «esto es para mí», o bien «no es para mí». Cuando utilizamos así nuestro corazón, con esta seriedad, como un detector como nos decía anoche Carrón, sucede lo que Giussani llama «experiencia elemental». Entonces vemos perfectamente que la cuestión no es disfrutar de las cosas que el corazón reconoce que “no son tuyas”, sino juzgarlas. De lo contrario sería como esforzarse por hacer que nos valga un zapato cinco números menor que nuestro pie. ¿Cómo es posible? ¡No puede ser! Nosotros no tenemos que complacer al zapatero si los zapatos no nos valen. Sencillamente le decimos: «¡no me valen!».

¹¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 20, art. 1

¹² C. Chieffo, «La guerra», en *Cancionero*, op. cit., p. 338.

» La noche en que fue traicionado, experimentando el abandono de sus amigos e intuyendo que en poco tiempo lo habrían abandonado todos (los romanos, los amigos y los enemigos), Jesús emite un juicio: «Estoy triste. Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz», es decir, «si es posible, quítame esta fatiga, evítame este dolor, porque no estoy hecho para el dolor». ¿Qué hay más humano que este grito?

Pueden resonar también en nosotros las palabras de un autor ruso, Vasili Grossman, que casi parecen una oración con la que podemos identificarnos: «Que todo volviera a ser como antes. No había necesidad de un cambio insoportable. Que todo siguiera como siempre, no deseaba esa novedad liberadora que rompía los huesos, que laceraba...»¹³.

3. «...Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42)

«¿Qué llena mi corazón?», se preguntaba ayer el compañero de nuestra amiga de Bolonia tras el testimonio de Zatto, este chico gravemente enfermo del que hablábamos. Ahondando en esa profunda tristeza que Jesús sentía, ¿qué había dentro de su corazón? ¿Qué había en el fondo de su «yo»? Una presencia. El vínculo con Otro. Todo el sentimiento de Jesús que estalló en su corazón aquella noche, que llegaría hasta hoy, hasta el leño de la cruz, llevaba dentro una llamada a Otro: «Padre».

Como bien explica una de vosotros, que describe todo su “apoltronamiento”, su malestar con los compañeros que ve “que están bien” y el vacío que experimenta repitiendo palabras como rituales. Hasta que llega a preguntarse: «¿Por qué existo?». Y comenta: «No hacían falta giros lingüísticos para entenderlo. Me sentía vacía, lloraba porque mi corazón me gritaba que no, que así no era feliz, ahí estaban y siguen estando las preguntas, no es cierto que todo es igual, que no soy capaz de juzgar la realidad, que soy superficial. Tengo un corazón que se ha sentido correspondido por otro [...], deseo que mi corazón arda como ese día [...]. Quiero sentirme vibrante, despierta, viva».

Escuchemos ahora un canto precioso de Adriana Mascagni, «Amica del mistero».

Amica del Mistero

«Nací amiga del Misterio / así que no sé hablar / si no es contigo / así que no sé pensar / si no es solo en ti»¹⁴. No es sugestión poética, sino la conciencia de no poder vivir, vivir de verdad, sin una relación grande y real, viva y presente, que abrace toda nuestra vida.

Jesús testimonió «no el esfuerzo, sino la filiación [...]». El camino de la plenitud que Él muestra no es el de ser capaces, sino el de ser hijos»¹⁵, decía Carrón en su famoso libro *Un brillo en los ojos*. Esta filiación se hace visible dentro de la realidad, sin rebajas, y no fuera de la realidad, no en nuestros pensamientos. Solemos imaginar a Jesús igual que uno de los héroes de Marvel, es decir, alguien que domina la realidad, la sobrevuela, la destruye, la construye, hace lo que quiere. Eso es lo que pensaba Pedro, el amigo, el líder, la roca, aquella noche en Getsemaní, cuando se congregan todos alrededor y saca la espada para herir a un soldado. Pero Jesús lo detuvo. ¿Y cómo lo detuvo? ¿Acaso no quería ayudarlo? Lo detuvo y le ordenó deponer las armas. «Envaina la espada [...]. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles»¹⁶.

Pero Jesús tampoco se resignaba pasivamente a las circunstancias, no se limitaba a sopor-tarlas. No esconde su tristeza –que es el primer síntoma de nuestro deseo de felicidad, de vida– y de hecho responde cuando le interrogan. Como hace ante Pilato: «Mi reino no es de »

¹³ V. Grossman, *Que el bien os acompañe*, Barcelona, Galaxia Gutenberg 2019, p. 92.

¹⁴ A. Mascagni, «Amica del Mistero», en «Chi sei tu che colmi il mio cuore della tua assenza?», cuaderno del Triduo de GS 2018, pp. 44-46, clonline.org

¹⁵ J. Carrón, *Un brillo en los ojos*, op. cit., p. 115.

¹⁶ Mt 26,52-53.

» este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos –¡pero él mismo acababa de decir a Pedro que no luchara!– [...]. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad»¹⁷. «No tendrías (le dice a Pilato) ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto»¹⁸.

No era un ingenuo optimismo lo que sostenía a Jesús en el momento de la prueba –como tantos decían en el primer confinamiento: «¡Todo saldrá bien!», ¿pero quién ha dicho que todo va a salir bien? ¿Dónde está escrito?–, no era un optimismo sino una esperanza firme, que es algo muy distinto del optimismo. Como explica un famoso teólogo, Jean Daniélou: «La esperanza no es el optimismo. El optimismo es esa actitud fácil en virtud de la cual pensamos que las cosas acabarán siempre arreglándose por sí mismas. En una forma más reflexionada, el optimismo considera al mal como simple desorden que se eliminará por sí mismo [...]. Al anular de este modo lo trágico del mal, el optimismo es el peor enemigo de la esperanza»¹⁹.

En cambio, quien vive una esperanza capta hasta el fondo el drama de la vida, del sacrificio, y lo atraviesa, pero no por un esfuerzo suyo sino en virtud de algo distinto que existe, que vive, que está presente, fuera de sí. «Por eso hay que vivir el dolor en presencia de Dios. Entonces el sufrimiento no desaparece, pero pierde su veneno. Ya no envenena el alma sino al contrario, la purifica. Ya no es mensajero de angustia, sino de paz»²⁰.

Para poder entenderlo mejor, escuchemos la contribución que envía una de vosotros: «En los últimos tres años me alejé, pensaba que ya definitivamente, de la Iglesia y de CL, influenciada por nuevas compañías que aparecieron. Durante esos años, mi casa se convirtió en un bar donde me pasaba todo el día hablando continuamente pero de nada. A pesar de ello, vivía muy despreocupada y me sentía feliz. Cuando empezó la pandemia, alejada de mis distracciones, me sentí realmente mal. [...] Estaba triste. Ese malestar me hizo preguntarme qué otra cosa quería de la vida y de mí misma (eso es lo que quiere decir profundizar en la naturaleza del sujeto). Fue como retomar en mis manos mi parte más profunda, que me resultaba desconocida últimamente. Desde entonces, una serie de acontecimientos supuso como una llamada para mí. En primer lugar, una cuarentena que pasé en el mar con unas amigas del movimiento a las que hacía tiempo que no veía. No pude evitar comparar lo que estaba viviendo allí, en el mar, ese tipo de amistad, esa manera de pasar el tiempo, con la forma en que había vivido los últimos años. He visto con mis propios ojos, por primera vez, encarnarse en personas cercanas el hermoso rostro de la Iglesia y del movimiento. Todas mis convicciones y todo lo que me hacía feliz los años pasados se volvió insignificante. Había pasado algo tan grande que todavía hoy no logro explicar, y que por tanto no puede depender totalmente de mí. Lo que ha pasado ha dado significado al dolor y, en consecuencia, a las preguntas que me hacía estos meses. Este descubrimiento de que dependo de alguien no me ha hecho sentir menos completa, menos entera, al contrario, ha hecho que percibiera por primera vez en mi vida una unidad, una totalidad».

Es increíble y revolucionario poder vivir nuestra vida con la despreocupación que describe esta amiga: hace de todo, se encuentra mal, se deja llevar, se equivoca, vuelve a darse cuenta de su deseo de felicidad, sigue el rastro de respuesta que ve, hasta que se da cuenta de que hay una realidad viva, que no construye ella, que no produce ella, pero que si la acoge, si decide entablar esa relación, si se queda (como decía Jesús a los discípulos), le hace sentirse más completa, más ella misma. Este testimonio también nos ayuda a entender qué es el «carisma»: «la modalidad de tiempo y espacio, carácter y temperamento, psicológica, afectiva »

¹⁷ Jn 18,36-37.

¹⁸ Jn 19,11.

¹⁹ J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, Morcelliana, Brescia 2012, p. 370

²⁰ H. de Lubac, *Paradossi e nuovi paradossi*, Jaca Book, Milano 1989, p. 94.

» e intelectual, con la que el Señor acontece para mí e, igualmente, también para otros»²¹, decía la Escuela de comunidad que hemos trabajado. Como nuestra amiga, que ve en «lo que estaba pasando allí, en el mar, en ese tipo de amistad y en esos rostros, en esa manera de pasar el tiempo» toda la “diferencia de potencial” respecto a la manera en que había vivido los últimos años.

4. «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46)

Escribe una de vosotros: «Estaba relejendo la carta de invitación al Triduo y me he detenido en la pregunta: “¿pero yo por qué existo?”. Y pensaba: y yo qué sé por qué existo. Si por mí fuera, ni siquiera me habría hecho, al menos no así, desde luego. Pero luego no he podido dejar de observar: “en todo caso, existo”. ¡Existo! Entonces pensaba que si mi vida, tan pequeña, tan pequeña, solo la vivo por mí, creo que seguirá siendo pequeña, pero si la vivo por aquel que me la ha dado será algo más. Entonces, la pregunta ya no es “¿por qué existo, por qué razón existo?”, sino más bien: “¿por qué existo, para qué fin? ¿Por quién existo?”».

A esta pregunta también respondió Jesús: «Yo vivo por el Padre»²².

Cuando a uno le alcanza una esperanza, que desde fuera entra dentro de las entrañas, dentro del corazón, la mirada se eleva más allá del propio ombligo y la pregunta que se agita en nuestro interior cambia: ¿por quién existo? Hoy, esta mañana, en esta jornada, ¿por quién? Yo no vivo por mí, mi baricentro no está en mí, sino que todo mi ser se apoya en lo que he encontrado, en la esperanza que me ha salido al encuentro. Imaginaos empezar una mañana así, con esta espera (aunque no siempre tengamos la suerte de tener a una amiga que cante tan bien *Al mattino*): «Mi corazón / hoy / no es más / que un latido de nostalgia»²³, escribe Ungaretti.

Muchas cosas en mí pueden estar imperfectas o cojas, puedo decaer cien veces al día, como quizá nos pase hoy a nosotros, porque no se nos ahorra la batalla contra el aburrimiento y la distracción, pero no os preocupéis si os distraéis, pedid poder hacer un instante de silencio, un instante, aunque sea breve, de silencio durante la jornada para poder volver a mirar conmovidos vuestra experiencia. Aunque decaiga muchas veces, hay una roca en la que siempre puedo apoyarme para volverme a levantar, sobre la que puedo construir mi enésimo intento, a la que puedo volver cada vez que me aleje, como nuestra amiga del mar. Jesús vivió esta certeza sólida en su relación con el Padre, de quien vino, por quien vivió y a quien entregó toda su vida hasta el último respiro. ¡Qué aventura vivir así! No como los perros o los coches, sino llenos de esta conciencia de ser continuamente queridos y rescatados por alguien que nos ama. Amigos, ninguna realidad nos es hostil. Todo se puede vivir plenamente, cualquier alegría puede desbordarnos cien veces más, cualquier sacrificio se puede afrontar (aunque no nos guste y digamos que no nos guste) y cualquier dolor se puede ofrecer, como cuando de pequeños nos echábamos en brazos de nuestra madre, desarmados, diciendo: tengo esta pregunta, no entiendo esto, o mira qué tesoro tan preciado tengo en mi vida (mi novia, mis amigos, que son lo más preciado que tengo), me duele esto, se me pide este sacrificio que no quiero pero te lo ofrezco, porque te lo puedo ofrecer todo, porque sé que tú me quieres y me abrazas por entero, por eso ayúdame a soportarlo.

Chicos, ¡esto es algo tremendo que está a nuestro alcance!

Escuchad lo que cuenta otra chica: «Hace poco entré a formar parte de los bachilleres, un grupo donde se me daba la oportunidad de reflexionar sobre las pequeñas cosas de cada día que normalmente cometemos el error de ignorar. A lo largo del camino me he dado cuenta de la superficialidad que hacía que mi vida fuera monótona y, gracias a la unidad que he »

²¹ L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 117.

²² Jn 6,57.

²³ G. Ungaretti, «Oggi» en Id., *Poesie e prose liriche. 1915-1920*, Mondadori, Milán 1989, p. 40.

» visto en mis compañeros de la Escuela de comunidad, que en cada encuentro me hacen más consciente de que no estoy sola con mis “tormentos”, gracias a sus relatos y a sus experiencias, me estoy dando cuenta de que empiezo a apreciar más a la gente que me rodea y –atención a lo que añade– me atrevo a decir que también empiezo a apreciarme a mí misma. Por eso, en cierto sentido, “agradezco” la pandemia por haberme abierto este mundo nuevo (la circunstancia ya no es venenosa). En cualquier caso, espero que acabe pronto para poder participar presencialmente y tener la posibilidad de conocer mejor a todas las personas de este grupo». ¡Chicos, esto es lo que significa ser humanos! Claro que sería mucho más bonito volver a vernos todos los días presencialmente, pero ahora ya podemos ser protagonistas del presente, valiéndonos de nuestro deseo y de nuestra espera para “ver” dónde sucede algo.

Alguien –y acabamos– podría decir aún: «Muy bonito Jesús, muy bonito mis amigos con esta certeza en su vida, muy bonita la ingenua sencillez de esta chica (“acaba de llegar” –se podría comentar con cinismo–), pero yo no soy como ellos, mi vida no cambia, sigo experimentando la aridez como un puñado de arena en la boca». Estas ideas podrían rondar por nuestra cabeza, sobre todo si estamos atravesando un momento de fatiga, casi como si quisiéramos dar enseguida un paso atrás ante esta posibilidad de ponernos en camino. Pero, amigos, no olvidemos que nuestra esperanza, nuestra fuerza, no está en saber ser «como» Jesús sino en saber que Jesús «existe». Los discípulos, la Virgen, el centurión que ve a Jesús morir en la cruz, no tenían el problema de imitar a Jesús, de intentar ser como él, nunca se les habría pasado por la cabeza porque era imposible y porque no les interesaba imitar a Jesús. ¡Lo que ellos querían era estar con él! Podían reconocer fácilmente la potencia, la plenitud, la vivacidad, la mirada profundamente humana que emanaba de él. Solo tenían que acogerlo, sin medirse, sin filtros, dejándose alcanzar por él. Como nos señala otra amiga: «Son decisivos los amigos que me vuelven a poner siempre en una posición verdadera frente a las cosas, frente a lo que sucede. Por eso, ante los días que nos esperan de clases online, puedo estar sin miedo, y no porque no me cuesten o me apenen, sino porque reconozco que estos meses nunca me he sentido sola, ni por parte de mis amigos ni de mis profesores, ni de los mayores». Y termina, escuchad bien: «Mi esperanza se funda en la certeza de estos rostros, que tienen nombre y apellidos concretos, en los que estoy pensando, de los que recibo un amor gratuito y en último término inexplicable para mí, solo por la certeza de estas relaciones, puedo estar delante de todo lo que sucede y de todo mi ser».

Esta certeza, que para nosotros es un lento camino, como el que necesita la semilla para florecer, en Jesús era una nota dominante, cotidiana, tan clara y también tan llena de ternura por nuestra incertidumbre que no le hizo retroceder ni un paso ante el miedo más extremo, el de la cruz, dando testimonio de la Verdad de la vida y volviendo a ponérsela delante. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. [...] A tus manos encomiendo mi espíritu»²⁴.

Nos ponemos en pie y escuchamos el canto en silencio.

*Dulcis Christe*²⁵

²⁴ Cfr. Lc 23,34.46.

²⁵ M. Grancini, sec. XVII, «Dulcis Christe», en *Cancionero*, op. cit., p. 56.